

subió el dicho mozo, que reconocí por Ramirez. Allí están los dos ahora; y si teneis gana de atraparlos, yo me ofrezco á acompañaros y á vigilar el jardin mientras vos registraréis las estancias.

La admiracion y enojo del señor Baron llegaron al colmo oyendo estas cosas: sus arrugadas mejillas se encendieron de un vivo color de sangre; sus labios le temblaban, y rechinábanle los dientes de un modo que metia miedo. Empuñó su muleta con una fuerza convulsiva, y dijo con voz temblona y demudada por el encono:

—Aguardadme, buen hombre, que voy en busca de mis criados y de mis perros, que están vigilando al rededor de mi bosque; ¡y como hay Dios, que de esta vez no se me escapará Ramirez, ni mi perra hija se habrá holgado con él de balde!

Y así diciendo, esgrimia la muleta, y decía á media voz, *tris, trus*, como que ya le estaba sacudiendo las moscas á la pobre muchacha. Ramirez le dijo:

—Mal pensado, señor Baron, perder el tiempo reuniendo á vuestros criados. El bosque está á buena distancia, y los criados diseminados todos al rededor; de manera, que cuando llegueis con ellos á vuestra casa, ya Ramirez tiene lugar de haber realizado su villano intento, y quizá de haberos robado vuestra hija. Vámonos los tres, que bastantes somos.